

LA FERIA DE SEVILLA

Sevilla, en la llanura que el Betis fértil riega,
cercada por umbrías donde apacible juega
un aura perfumada por rosas y azahar,
es cual visión fantástica que, envuelta entre celajes,
ofrece a nuestros ojos los mágicos paisajes
con que soñó, en sus fiebres, el mísero Alhamar.

Levanta sus cortijos sobre la verde alfombra
donde susurra el agua bajo la fresca sombra
que la nudosa parra se esfuerza por tejer;
cultiva los olivos en el extenso llano,
rompe la rica tierra donde germina el grano
y es templo de grandezas y alcázar de placer.

Al pie de la Giralda agrupa sus mansiones;
en sus revueltas calles antiguas tradiciones
hablan de encantamientos, de hazañas y de amor;
sus patios son oasis, sus rejas son jardines
donde, a la noche, bajan humanos querubines
para escuchar los ayes de amante rondador.

¡Mirad allí su feria! ¡Gozad con su alegría!
En hervidero humano la claridad del día
se quiebra y descompone con trémulo lucir,

y en confusión se mezclan relinchos de bridones,
gritos y carcajadas, murmullos y canciones,
que en férvido oleaje no cesan de latir.

Mas ¡ya llegó el instante! En el inmenso coso
los toros, ya encerrados, aguardan al famoso
torero sevillano, rondeño o cordobés;
el pueblo está impaciente; el cornetín no suena;
¡aún no ha corrido sangre sobre la hirviente arena
que con sus rojas tintas se empapará después!

Ya salen las cuadrillas que lidiarán al toro;
el sol se mira y tiembla en lentejuelas de oro,
y apágase la música al grito popular.....
La fiera está en el circo; crióse en la llanada
hermosa de Sevilla, la vieron en Tablada,
y el arte o la barbárie la van a torear.

Arranca enfurecida y el picador la espera;
cae mal herido el *jaco*, rebota en la barrera
y rómpese la vara y rueda el picador...,
y antes de que le embista, con su extendida capa
el matador le cubre y al fiero bruto *empapa*
y se le lleva lejos, burlando su furor.

¡Qué aplausos! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué gritos! ¡Qué
(alegría!

Ya clavan los *rehiletos*; la fiera todavía
conserva su coraje..., escúchase el clarín.
Brinda el espada; llega al toro con bravura,
le pasa *muy ceñido*..., le aplauden con locura,
y un *volapié* magnífico al toro pone fin.

Volvamos a la feria; la noche es apacible,
sigue el rumor confuso, *discorde*, indescriptible,
de un pueblo que se entrega en brazos del placer.

Mil lucecillas arden entre la sombra densa
y mil y mil fulguran en la región inmensa:
los ángeles, en estas, la feria quieren ver.

Vocean mientras fríen buñuelos las gitanas;
repican los *palillos*, se bailan sevillanas,
se une al confuso estruendo dulcísima canción,
y vibran las guitarras, y juegan los muchachos,
y se discute a un diestro, y riñen dos borrachos,
y todo es algazara que alegra el corazón...

La noche, ya vencida, se oculta en Occidente;
voltean las campanas y brilla la corriente
a las caricias tímidas del sol al sonreír.;
y en mástiles y en torres se mecen las banderas,
y puéblanse de pájaros colinas y laderas,
y las primeras rosas se acaban de entreabrir.

Los cielos se aclaran con el suave brillo
que reflejó en el Genio gigante de Murillo
para vivir esclavo de su inmortal pincel;
y arroyos y armonías, y pájaros y flores,
y llano, y templo, y río, y notas y colores,
subyugan al espíritu para reinar en él...

Allá, los dos esposos regresan a su aldea;
el potro que los lleva febril caracólea
manchando con espuma las riendas y el pretal.
La niña abraza al mozo de quien existe esclava,
y el mozo la sonríe y las espuelas clava
rindiendo al arrogante, indómito animal.

¡Ya se acabó la feria! Pasaron los tres días
de locas esperanzas y dulces alegrías.
Vuelve, con el trabajo, el reino de la paz:
¡qué pronto se concluyen las horas de ventura!

¡Cuán breve es el contento que el corazón apura!
la dicha ¡qué mezquina! el tiempo ¡qué fugáz!

Mas aun tras de las rejas y entre claveles rojos
y nítidos jazmines, divísanse unos ojos
donde hay sombras de noche y claridad de sol;
aún a su lado llega quien por su luz suspira,
y en el amante grupo el pensamiento mira
la encarnación viviente del númen español.

¡Sevilla..! Mientras tanto que el perfumado viento
murmure en tus florestas con armonioso acento
y vivan los que saben de amar y de sentir,
tendrás, de raza en raza, segura la victoria,
por pedestal tus lauros de inmarcesible gloria
y por augusto alcázar tu excelso porvenir.

JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJÓN